

En la noche cuadrada  
a la hora violeta del reencuentro  
Penélope se suelta los cabellos, los lazos de la blusa  
y desteje despacio una canción azul.

Sus largas hebras dictan un nombre sobre el lecho  
mientras ella se mece bajo el árbol talámico  
con una extraña fruta entre los labios  
y una gota en sus pechos de virgen primigenia.

Penélope del mar del algodón,  
noche a noche deshila tu tristeza  
a la luz de las velas, tienes  
el corazón desmadejado y la voz de café.

El propósito falso de tu día  
es un blues deshilvanado cuando llega la tarde  
y tu voz es redonda y negra como el hueco  
de la trompeta dorada del viejo Webster Baker.

Penélope, ¿hasta cuándo el inmenso telar de tu desvelo  
si nunca más llegaron noticias de los barcos?  
Mientras cantan los pájaros  
sostienes dos agujas en señal de derrota.

Nieves Chillón, de *Morning blues*

Una constelación menor se deja  
acordar en la palma de tu mano.

Tu mano, como un dios  
sostiene el engranaje,  
hace girar las ruedas  
en torno a un sol menor y luminoso.

El movimiento queda suspendido  
en el breve equilibrio de la gota de ámbar,  
en el descenso lento de la redonda flecha,  
en los pequeños dientes  
asidos al dorado ramaje del piano,  
formando remolinos al ritmo de tu aliento,  
igual que una hojarasca diminuta  
esparcida en el suelo de la tarde.

Nieves Chillón, de *Morning blues*

Abandonaste un nombre,  
la ciudad que habitabas  
y ya nadie se ocupa de despertar al sol,  
ni de las nueve huérfanas hermosas  
que ofrecen su divino cuerpo y alma  
virtuosísimo y hábil.

Enrojecidos dedos levantan la persiana  
y cien caballos blancos galopan a lo lejos  
con el último rayo de la tarde  
prendido en el asiento.

Del árbol del laurel  
unas gotas de ámbar te recuerdan  
su tibio talle tierno.

Somos dioses caídos  
en un sueño doméstico.

Nieves Chillón, de *Morning blues*

Tomó las suaves plumas  
y se elevó tan alto como el aire,  
mas no cayó, al contrario,  
el sol lo dibujó en el horizonte  
y nunca más supieron los océanos  
de su desnudo pie rasgando el agua.

Fui yo quien inventó su muerte,  
porque la espera es sed,  
un cántaro quebrado;  
un rumor de miradas  
urgentes de la última canción  
-en mitad del silencio Nora Williams  
estira eternamente el cable del micrófono-.

No queda más opción,  
a veces, que marcharse  
o escribir un final  
para la sinfonía inacabada,  
para el blues triste y solitario,  
la subjetiva crónica  
de nuestra rendición.

Nieves Chillón, de *Morning blues*